

POETICA

POEMAS DE FRANKLIN MIESES BURGOS

Presagio

Yo estoy muerto con ella
sin rumoroso llanto de azucenas,
desde un pecho que extingue sus ardientes cenizas,
desde la misma rosa de hielo en que ella habita,
desde la misma niebla donde sus ojos miran
la soledad del mundo, desde todas las cosas
-inevitablemente- yo estoy muerto con ella.
No valen los clarines que golpean desde el fondo
terrible de los sueños; no valen los clarines
con el eterno y duro gemir de sus cristales
de amor resquebrajados;
no vale nada ahora desde que ella se ha ido,
ni el musgo que nos brinda su refugio tranquilo,
ni la amarilla voz que cae del otoño,
ni la piedra ni el nardo, ni la arcilla madura
donde moldea el silencio su recóndita estatua;
no vale nada ahora desde que ella se ha ido.
A la orilla del llanto donde caen las estrellas,
no sé desde que sombra yo escucho sus campanas
(palabras que se han ido de amor entre la gente).
Yo esto muerto con ella -inevitablemente-
desde todas las cosas que ignoren su presencia:
el mar, la tierra, el viento,
la brizna más pequeña que esté lejos de ella;
la que no haya podido colgar su primavera
furiosa de sonrisas ardientes o de besos
sobre el mármol helado que le cubre la frente,
el traje que no tiene, los ojos que no miran
o esas lluviosas manos donde furtivos vienen
a reposar en ella los astros dulcemente.
Yo estoy muerto con ella -inevitablemente-

desde donde su pena estremecida grita,
donde un río como ella pasa callando siempre.

Rosa de lo eterno

La rosa de lo eterno:
inespacial, sin tiempo;
poblando -solitaria-
su propia soledad;
nacida desde siempre,
y en su reposo: intacta;
sin memoria, ni origen;
limitada a la simple
levedad de su nombre

La rosa de lo eterno:
espectro de sí misma;
presencia que ni el hueco
de la nada sostiene.
¿En cuál mar sin orillas
de espumas te levanta?
¿Qué mano es que te alcanza
sobre tu propia ausencia
inmaterial de rosa?
¿Eres tú la hermosura
de lo que no se iguala?
¿El Verbo únicamente?
Jamás a ti el agua
de la muerte te inunda.

Canción de la amada sin presencia

Antigénesis

Antes de que tu voz fuera color de trino
y tus ojos dos sombras salobres como algas;
cuando aún tu sonrisa no era un camino abierto
para encender al alba, sino una melodía
en un país remoto de la tarde;
entonces, -¿lo recuerdas?-.
todos éramos uno en la unidad de Dios,
y mi aliento de vida era tu mismo aliento,
porque tú eras yo.
Oh indescifrable enigma de la rosa
y el viento:
yo me amaba en ti misma.

Todavía el ocaso no era un pájaro muerto
colgado entre dos ramas,
ni se dolía la noche
en la angustia pequeña de los nardos,
ni el cielo era de trapo,
ni el mar una hoja verde sin sirenas.
Acaso todavía los lirios no eran lirios,
ni estrella, las estrellas;
ni el sol una sonrisa de claridades altas
nacida entre dos astros; todavía, te digo,
que nada tenía forma resuelta entre las cosas;
el aire no era aire, sino una mariposa:
sólo una mariposa con las alas tendidas.
Qué dolor el de no verte desfilando
como el perfil sonámbulo de un ala
entre los mansos árboles sin luna,
ni flotando en la noche única y sola,
como un ave perdida entre la bruma.
Sin embargo los dos íbamos juntos
sin que tu sombra
gritara por el frío de la palabra "nunca"
su agonía; sin que ninguna pena,
por el silencio mismo en que morías,
espigara una rosa de ternura
como vivo recuerdo de un alma que se iba.
Qué dolor el de no verte
entre estas muchas cosas que no eran:
las montañas, los nidos, las ranas y los peces,
la luna grande
mojada de canciones,
la tierra azul y la mañana verde.
Qué dolor el de no verte;
porque este era el instante
único y preciso de las nominaciones;
ya el viento sería viento; la violeta, violeta.
La mano de lo arcano ponía su etiqueta
sobre todas las cosas; ya íbamos a ser:
mujer, estrella o rosa.

Pero tú fuiste un atardecer.
¡Sólo un atardecer!
Y yo, poeta.